La encarnación de Dios necesitó del «SÍ» de María



Querida Familia Concepcionista,

Al acercarnos a nuestra fiesta patronal de la **Inmaculada Concepción**, nos unimos de manera especial en torno a **María**. Ella nos convoca cada año y nos invita a **contemplar su vida de mujer sencilla, capaz de dejarse sorprender por Dios y de disponerse a lo que Él quiere hacer nacer en ella**.

Contemplar a María nos regala una vez más a un Dios que se encarna en la historia y, desde dentro, la transforma. La Inmaculada se deja modelar por el amor y se sostiene en la confianza en Dios. **María se convierte toda ella en un SÍ**, que acoge la realidad, se deja trastocar por ella y se compromete plenamente con el proyecto de Dios.

Estamos viviendo, como humanidad, **tiempos de profundas transformaciones**. Nos atraviesan situaciones mundiales muy graves, marcadas por la injusticia, los conflictos y las migraciones forzadas, mientras siguen creciendo las amenazas que ponen en riesgo la vida y el futuro de nuestro planeta. Al mismo tiempo, somos cada vez más conscientes de que formamos parte de una única comunidad humana, profundamente interconectada, entre nosotros y con todo lo creado, y de que solo desde la

armonía, la comunión y el compromiso compartido podremos tejer un nuevo rumbo para nuestra historia.

En este contexto mundial, la vida consagrada está también inmersa en un profundo proceso de transformación, que compartimos como congregación. Esta es nuestra realidad, este es nuestro mundo, tan querido como herido. Estos son los tiempos que nos convocan para seguir encarnando nuestra misión, como discípulas misioneras.

Estamos recorriendo, como Familia MIC, un **proceso de discernimiento** que nos invita a cambiar nuestra manera de mirar, de comprender la realidad y de situarnos ante ella, porque deseamos *«volver a lo esencial de la misión, con nuevas miradas y respuestas desde el Carisma»*.

Ante este horizonte, queremos preguntarnos **cómo nuestra fe y nuestra vivencia de María Inmaculada pueden iluminar este tiempo de crisis, este tiempo de discernimiento y abrirnos a la esperanza recreando la sabiduría de la misión**. Quizá estemos llamadas a vivir este momento no solo como un tiempo de incertidumbre y dificultad, sino también como una oportunidad para **acoger y dar a luz lo nuevo que Dios quiere hacer nacer en nosotras y a través de nosotras.** *¿Cómo dejarnos conducir por el Dios de la Vida, que sigue actuando en nuestra historia y haciendo germinar posibilidades nuevas allí donde parece que todo se cierra, allí donde parece que la vida no fluye?*

Volvamos la mirada a María. Era una mujer joven, del pequeño pueblo de Nazaret, en una sociedad en la que las mujeres tenían escaso reconocimiento y pocas posibilidades de intervenir en la vida pública. Compartía las tareas sencillas de cada día y estaba desposada con José, con quien se disponía a iniciar una nueva etapa de su vida. *¿Se sentiría alegre, ilusionada, llena de proyectos?* Podemos imaginarla viviendo su realidad cotidiana llena de su vida

joven, sostenida por la fe recibida, abierta al misterio de Dios y confiada en su presencia.

Y es precisamente ahí, en medio de sus quehaceres y también en el silencio de su corazón, donde María recibe una visita, una llamada, un anuncio que desborda sus expectativas y abre ante ella un horizonte insospechado. Dios busca a María en la realidad concreta de su pueblo, en medio de la vida ordinaria. Dios irrumpe en su pequeñez y la invita a participar en algo inmenso: **acoger la Vida y hacer posible que Dios se encarne en nuestra historia**.

¿Cuándo siento que la vida, y Dios en ella, me abre nuevas posibilidades que trastocan mis planes?

María se deja interpelar, pregunta, escucha y confía. Su disponibilidad no nace de tenerlo todo claro ni de sentirse capaz de todo, sino de una relación profunda con Dios y con la vida que le permite abrirse a lo inesperado y pronunciar su SÍ. Quizá también hoy, Dios nos esté visitando y llamando a descubrir posibilidades que todavía no alcanzamos a imaginar. Tal vez no se trate de tener respuestas para todo, sino de cultivar una mirada creyente, escuchar lo que la realidad nos reclama y **disponernos, como María, a colaborar con la vida nueva que Dios quiere hacer nacer**.

¿Dónde descubro hoy la fecundidad que brota en mi vida sencilla? Ante los clamores y desafíos de la realidad, ante aquello que nos inquieta en nuestras relaciones y en la misión ¿a qué nos sentimos llamadas como comunidad? ¿Cómo colaboramos con la vida nueva que Dios está haciendo nacer en nosotras y en nuestro mundo?

María como primera discípula de Jesús, recorrió los caminos al lado de su pueblo comprendiendo el anuncio del Reino de Dios que su hijo empezó a proclamar. Su existencia fue plenamente humana, como la nuestra,

atravesada por preguntas, incertidumbres, decisiones difíciles y sufrimiento. Su camino no estuvo protegido de la dureza de la historia, también ella conoció la incomprensión, la pérdida y el dolor, hasta permanecer junto a su Hijo al pie de la cruz. **Su Inmaculada Concepción no la alejó de la realidad humana, sino que la hizo plenamente disponible para acogerla y vivirla desde Dios.**

¿Qué significaría hoy pronunciar, como María, un «sí» libre, confiado y comprometido con la historia?

María nos muestra que el amor de Dios puede transformar nuestra historia y puede convertir nuestra fragilidad en lugar de encuentro, de entrega y de salvación. La encarnación de Dios necesitó del «SÍ» de María. Gracias a ella, Dios viene a nosotros, para rescatarnos de todo aquello que nos deshumaniza: de la falta de sentido, de las violencias que generan división y sufrimiento, de las injusticias que nos impiden vivir con dignidad y del miedo a la muerte.

En Jesús, Dios viene a liberarnos de nuestras ansias de reconocimiento, de poder y de riqueza, de la soberbia que nos hace sentirnos superiores a los demás y nos aleja de la frater-sororidad. Jesús nos revela el verdadero rostro de Dios: un Dios que es Amor, que en la humildad no busca dominar sino servir, y que nos invita a construir relaciones de comunión. Jesús rompe radicalmente esta dinámica en la cruz. Ante la violencia, la injusticia y el rechazo, no responde con nuevas acusaciones ni devuelve el mal recibido. Su respuesta es el perdón. No niega el sufrimiento ni justifica el mal, Él abre un camino diferente: el de la reconciliación y el amor que no condena. **María hace posible esta encarnación de Dios y su ser de madre acompaña y abraza a su hijo que nos restaura en el misterio de la cruz, una cruz que florece y se hace Vida para todos.**

Ante el sufrimiento y las heridas de nuestra humanidad, tanto personal como socialmente ¿cómo nos inspira María para cuidarnos, acompañarnos y abrazar la vida, siendo presencia cercana que sostiene, consuela y hace renacer la esperanza?

Quizás también nuestra manera de vivir la Inmaculada esté llamada a expresarse en esta capacidad de mirar la realidad y a las personas sin condenarlas, de reconocer nuestras propias fragilidades sin escondernos detrás de las culpas ajenas y de hacernos responsables de aquello que podemos transformar en el camino compartido con los demás. **La vida se vuelve inmaculada cuando dejamos de acusar, asumimos nuestra responsabilidad y elegimos amar y perdonar.** Es ahí donde el amor limpia nuestra mirada, restaura los vínculos y hace posible que la vida vuelva a brotar. *¿Qué situaciones de nuestras relaciones están necesitadas de transformación y reconciliación?*

Que María nos acompañe a ser personas humanas y hermanas que recorramos los caminos de nuestro mundo, acogiendo nuestra vulnerabilidad personal e institucional, en verdad y autenticidad, y descubriendo cómo el amor de Dios actúa en todas las personas y en toda la creación.

Que María nos ayude a vivir en la humildad, abrazando nuestras heridas sin escondernos tras la acusación a los demás, asumiendo nuestra propia responsabilidad y abriéndonos al camino de la reconciliación.

Que María nos haga disponibles para engendrar la vida que Dios hace nacer hoy en lo pequeño y germinal, en la fragilidad que somos.

El papa León nos ofrece al final de su encíclica **«Magnífica Humanitas»**, una reflexión que hoy podemos hacer nuestra:

«Con la misma fe de María,

***convirtámonos en tejedores de esperanza** en nuestro mundo,*

***compartiendo lo que somos y lo que tenemos**,*

para que la presencia de Jesús crezca entre nosotros

y su Reino tome forma.

*En **la fidelidad humilde de cada día**,*

también el tiempo de la IA puede ser un paso en el que el Espíritu

***haga madurar la civilización del amor** en nuestras vidas;*

el Señor sigue haciendo nuevas todas las cosas

y mantiene abierta para cada época la posibilidad de convertirse

en historia de salvación a la luz de la Encarnación.

*Encomiendo este deseo a **la Madre de Jesús, a la mujer del Magníficat**,*

*para que **acompañe nuestros pasos** en el presente **que cambia***

***y custodie** en cada uno de nosotros la confianza en el Evangelio,*

de modo que podamos testimoniar la belleza

*de una **magnífica humanidad habitada por Dios»***

Amén

¡Celebremos con inmensa alegría

nuestra fiesta de la Inmaculada Concepción!

¡¡FELIZ FIESTA PARA TODAS!!

Os abrazo con cariño, de parte también de las hermanas del Equipo General.

Isabel Vázquez Rodríguez

Misioneras Inmaculada Concepción
Coordinadora General

Calle Valencia, 252 - Barcelona www.misionerasinmaculadaconcepcion.org